

69

»Pase el tercer *Enrique* sin fortuna,
sin valor ni salud; el que decía
—*Que, mejor que no rey, sin duda alguna*
un fraile del Abrojo parecía.—
Pase don *Juan* segundo y el de Luna,
que cuando más en su poder creía,
la reina que él buscó le perdió, ingrata:
¡Dios nos hace querer lo que nos mata!

70

»*Enrique* cuarto...—Basta. No merece—
prorrumpió Ruiz,—que de él nos ocupemos.
—Sí,—contesta Escobedo—me parece
que hartos ineptos soportado habemos.
—Pues bien,—dijo Colón—ya que anochece,
la triste marcha de Boabdil leeremos.
—Leed su postrer ¡ay!—dicen en coro.
—El último ¡ay! del último rey moro.

71

«En lo alto del Padul, frente á Granada,
cuando Boabdil al Africa partía,
sentado, y con la frente reclinada,
—*¡Cómo me duele el corazón!*—decía.
—*¡Si ha de ser esta mi postrer mirada,*
que no se acabe, por piedad, el día;
dejadme, por Alá, que en mi tormento
viva una eternidad en un momento!

72

»*¡Oasis de un jardín! desde hoy el cielo*
no me dará un pesar, ni con la muerte;
para todos los males hay consuelo,
menos para la pena de perderte.
¡Tú sola y sola tú serás mi anhelo
al morir de tristeza de no verte;
para mí en tus hechizos florecía
la última flor de la esperanza mía!

73

»*¿Me volverá la suerte de la guerra*
el solo bien que en la existencia quiero?
Nunca su campo la esperanza cierra;
y ya verás que cuando vivo espero.
¡Es un valle sin sol sin ti la tierra!
¿Volveré? Sí; por eso no me muero.
¡No luchó, patria mía, por salvarte;
todo lo haré por ti, menos no amarte!

74

¿*Hasta cuándo ¡oh dolor! no nos veremos?*
Nunca en creer que he de dejarte acabo.
¿*Dónde una patria como tú hallaremos?*
¡Mejor que en otra rey, fuera en ti esclavo!—
Boabdil, haciendo de dolor extremos,
cayó en hondo estupor, hasta que, al cabo,
dijo, mirando á su Granada hermosa:
—*¡Que sea, aunque con otros, venturosa!*

75

«Así dice Boabdil, y el llanto enfrena.
Mas pronto el pobre á suspirar tornaba
viendo á su raza de pesares llena
que lenta ante sus ojos desfilara.
Lloró, y llorando desahogó su pena,
y en tal dolor, su madre, que pasaba,
—*¡Llora como mujer,*—le dijo al triste—
ya que morir como hombre no supiste!»

CANTO X

LA ATLÁNTIDA

RESUMEN: En la noche del 13 de septiembre de 1492 observó Colón la declinación de la aguja.
—A los cuatro días notó la tripulación que por la noche noruestaba y por la mañana nordestaba algún tanto.—En las primeras horas de la noche del 15 vieron caer un maravilloso ramo de fuego á una distancia de cuatro ó cinco leguas.—Alarma de la tripulación.—Aparición del genio de la Atlántida.—Ascendencia de Colón.—Ciencia de la antigua Atlántida.—Por qué hizo Dios las creaciones.—Cómo hizo Dios las creaciones.—Para qué hizo Dios las creaciones.—Resumen de la ciencia de la Atlántida.—Sumersión de la Atlántida.—Desaparición del genio de la Atlántida.

I

No hay pena que esta marcha no nos cueste.
Colón, el trece, al acabarse el día,
vió declinar un tanto hacia el Norueste
la aguja de marear. ¿Por qué sería?
Colón explica esta virtud celeste
por un error feliz que él se fingía.
Viendo la tropa tan fatal arcano,
dice:—Es que Dios nos deja de su mano.

2

Septiembre y quince.—Cuando el astro de oro
se iba hundiendo en el mar lánguidamente,
vieron caer del cielo un meteoro
como un *ramo de fuego* hacia Occidente.
¡Otra fatalidad! De nuevo al lloro
rezando apela en su pavor la gente.
¡Por cuántas cosas los cuitados lloran
cruzando un mar cuya extensión ignoran!

3

—¿Si Dios—**piensa** uno—abrasará al maldito
que al mar **burlando**, el sol no le acobarda,
y por eso el **edén** de lo infinito,
con su espada **de** fuego, un ángel guarda?
—Acaso como **el** fúlgido aerolito—
dice otro—el **mar** sobre que vamos arda,
pues el ramo **de** fuego tal vez era
de un astro en **ignición** la luz postrera.

4

Discorre así **la** turba en su error ciego,
en tanto que **Colón**, con faz serena,
los restos **busca** **del** celeste fuego
con vista **inquieta**, mas de miedo ajena.
Sube al castillo. **Llega**, mira, y luego,
decir oye á una **voz** cual de sirena:
—¡Digno es, **Colón**, de tu ascendencia el brío:
cruza impávido **el** mar; sigue, hijo mío!

5

—¿Quién sois?— grita **Colón**; y hacia Occidente
ve del mar **levantarse** una neblina,
que es sombra y **como** luz brilla esplendente,
que, siendo luz, **en** sombra se termina.
No acertando, **confuso**, si su mente
ve la luz, ó la **sombra** se imagina,
—¿Quién sois?— **de** nuevo en preguntar se empeña,
como el que duda si delira ó sueña.

6

La vision contestó:—«Yo soy el Numen
que sobre el sitio de la tierra vago,
que los sectarios de Platón presumen
que aquí se hundió con general estrago.
Los destinos del hombre se resumen
en mi destino para siempre aciago.
Los continentes en mi suerte propia
de su suerte verán la horrenda copia.

7

»La Atlántida gloriosa, que se alzaba
donde hallas hoy sus insepultos manes;
porque á su Adán, Titán se le llamaba,
la tierra se llamó de los Titanes.
Grandes pueblos la Atlántida encerraba,
sabios sin fin, gloriosos capitanes,
los Pirros y Alejandros á millones,
á millones los Tiros y Sidones.

8

»Hubo un día en que el pueblo del Atlante,
juntando una victoria á otra victoria,
en Europa y en África arrogante
plantó los estandartes de su gloria.
Hoy la Europa hacia mí viene triunfante,
porque en las vueltas de la humana historia,
de vencidos pasando á vencedores,
los esclavos de ayer son hoy señores.

9

»Un Titán nació en mí, Colón pasado,
que el África y la Europa hacia el Oriente
vió el primero, cual tú verás osado
las tierras de los mares de Occidente.
Este héroe que la Europa ha subyugado
fué de tu noble estirpe el ascendiente.
¡Digno es de su valor, Colón, tu brío:
vence en gloria al Titán; sigue, hijo mío!»—

10

La mente de Colón, enardecida
al saber su ascendencia acrisolada,
sobre la mar de su azarosa vida
tendió retrospectiva una mirada;
y al contemplar tanta maldad vencida,
tanta ignorancia con tesón hollada,
sintió hervir, de sí mismo satisfecho,
la sangre de un Titán dentro del pecho.

11

La visión prosiguió:—«Tiempo ha que espero,
y aquí esperando esta región circundo;
pues que difundas por la tierra quiero
la ciencia que hoy en tu memoria infundo.
Y porque, de mi numen mensajero,
fecunde el tuyo el porvenir del mundo,
oye el enigma de la vida humana;
oye de Dios la ciencia soberana.

12

»Hay un Dios en la tierra y en el cielo
que es bueno, sí, bueno infinitamente.
Eco es su corazón de todo duelo.
Sólo la dicha reflejada siente.
Amar y ser amado; he aquí su anhelo.
Mucho más que justísimo, es clemente.
En su ternura, de bondades llena,
sólo es digna de Dios la dicha ajena.

13

»Por su justicia es Dios tan excelente,
que fuera de su ley sólo hay quebranto.
Todo lo ordena Dios tan sabiamente
que es tan bello lo que hace, como santo.
Alcanza su poder lo que su mente.
Y como quiere tanto y puede tanto,
cuando el bien de otros por gozar desea,
los universos de la nada crea.

14

»Cuando á imitar á Dios la fe se atreve,
es la bondad la flor del sentimiento,
lo sabio eterno, y lo imperfecto breve,
y la virtud la fuente del contento.
El sol que brilla, el aura que se mueve,
son la mano de Dios en movimiento.
No hay voz para alabar á un Dios augusto,
tan bueno, sabio, poderoso y justo.»

15

Calló el Numen de un mundo que ha pasado,
mientras el cielo de Colón se ufana
al ver por la visión ratificado
el santo credo de su fe cristiana.
—«Porque de gloria y de valor cercado—
diciendo continuó la sombra vana—
fecunde el porvenir tu inteligencia,
del mundo, el hombre y Dios oye la ciencia.

16

»Muy bueno, sabio, justo, omnipotente,
cuando el ajeno goce Dios desea,
la creación irradia de su mente
de un éter tan sutil como una idea.
Más ó menos intensa ó débilmente
tiene parte de Dios cuanto Dios crea:
bajo formas mostrándose sin cuento,
no es más la creación que un pensamiento.

17

»Nos movemos en Dios y en Dios vivimos,
del éter de su espíritu engendrados;
fundiéndonos nacemos y morimos,
siendo y no siendo, amando y siendo amados.
Desde la nada á la razón subimos,
por misterios santísimos, llamados
generación oculta, santo anhelo,
producción natural, virtud del cielo.

18

»Desde el ruín mineral que tardo *crece*,
sube á la planta que *creciendo vive*,
el éter, que ya el ser luego enaltece
que *vive, crece* y *sensación* recibe:
en el hombre después noble aparece,
que *vive, crece ya, siente* y *concibe*.
Así el éter que lento se despliega
desde el ruín mineral al hombre llega.

19

»De seres mil en el variado abismo,
marchan en no alterado movimiento,
desde el átomo al hombre, el vitalismo,
y, desde el hombre á Dios, el pensamiento.
Va el éter desde el átomo á Dios mismo
sin solución de punto ni momento.
Es del principio y fin de la existencia,
el polo Dios, su imán la inteligencia.

20

»De otro ser nuestro ser reminiscencia
la muerte hace invisibles, no destruye;
pues el *yo*, nuestra *vida*, nuestra *esencia*,
de ser en ser transfigurándose huye.
Volviendo hacia su origen la existencia,
desde éste á aquél purificada fluye;
siguiendo así con invariable anhelo
su eterna ley: *la reversión al cielo*.

21

»¿Adónde marcha el orbe vagabundo?
El orbe no se va, vuelve muriendo;
lo que vino de Dios en un segundo,
tarda mil siglos hacia Dios volviendo.
El orbe, de que es átomo este mundo,
los siglos á los siglos sucediendo,
en caravana eterna peregrino
sigue de Dios el inmortal camino.

22

»De inteligencia las esferas dota
yendo hacia Dios la creación errante.
Cual la tierra una flor, el orbe brota
crisálida inmortal el *ser pensante*.
El éter de que consta y en que flota,
hirviendo en lenta ebullición constante,
produce el universo *inteligencia*,
cual la tierra la flor, y ésta la esencia.

23

»De Dios el hombre semejanza y fruto,
tiene su alma hacia aquél santo atractivo;
Dios, atmósfera de almas, su atributo
es de espíritus ser el centro vivo.
Dios es lo necesario y lo absoluto;
lo contingente el hombre y relativo;
y siendo el *yo creado* un *Dios finito*,
es el *Dios increado* un *yo infinito*.

24

»Del mundo, el hombre y Dios tal es la ciencia:
La creación el yo brota inflamada.
El yo es un Dios de limitada esencia;
Dios es un yo de esencia ilimitada.
Tan sólo en la extensión se diferencia
la increada razón de la creada;
por atracción, el yo, razón finita,
siempre hacia Dios, plena razón, gravita.»

25

Llegó la sombra aquí. Calló un momento.
Colón, su ciencia descifrando grave,
fué encontrando en su activo pensamiento
de la unidad universal la clave.
De la atlántica tierra el hundimiento
cuenta la sombra así con voz suave,
en tanto que Colón, aunque oye y mira,
dudando está si sueña ó si delira.

26

—«Del atlántico mundo la existencia
extinguiéndose fué de grado en grado,
cuando su *extracto, yo, su inteligencia,*
su *espíritu vital* dejó agotado.
Como una flor que derramó su esencia,
la Atlántida su espíritu ha exhalado;
¡nada una flor de un mundo se difiere:
nace, crece, embalsama, cae y muere!

27

»Madre de Romas, Tiros y Sidones,
sus hijos fué la Atlántida nutriendo;
de sus Homeros, Dantes y Platones,
su *vida, yo, su numen*, fué naciendo.
En mí ya juntos sus vitales dones,
se fué la tierra lánguida extinguiendo,
como la llama que el blandón ostenta
el blandón gasta al fin que la sustenta.

28

»Huyen las gentes por la tierra hendida,
y en simas caen que al caer retumban:
su cohesión molecular perdida,
las montañas en polvo se derrumban.
En torno de la tierra comprimida
sus ondas mueve el mar, que airadas zumban
cual gran caimán que, si su presa toca,
ruge al abrir descomunal la boca.

29

»La madre tierra, estéril no sustenta;
el aire inútil tímido se estanca;
la color que la luz negruzca ostenta
es la postrer degradación de blanca.
En sed de aire suspira cuanto alienta;
el ansia de la luz ayes arranca;
bajan las aves tras del aire al suelo;
las fieras miran tras la luz al cielo.

30

»Todos expiran, sin que sangre vean
que al morir enardezca su ardimiento.
No arden los bosques que incendiar desean.
Quiéren mover y no se mueve el viento.
Faltos del aire y de la luz, pelean
en un suplicio interminable, lento,
con completa razón para medirlo
y entero el corazón para sentirlo.

31

»El miedo, ese gran mal de nuestros males,
sofoca la virtud y el heroísmo:
no agita más pasión á los mortales
que el temor de morir, el egoísmo.
Odiando cada cual á sus iguales,
sin caridad ni amor más que á sí mismo,
con tal de ser la víctima postrera
viera morir la humanidad entera.

32

»Ya la atlántica tierra envejecida
en el gran río del vivir se atasca,
y al peso de los siglos oprimida
por su eje inútil con fragor se chasca:
de los opuestos mares la avenida
la sume al fin con tan atroz borrasca,
que en hervor desde entonces repetido
bullen los mares con perpetuo ruido.

33

»Así, en oprobio de la humana gente,
pasó en el mundo á ser sombra ilusoria
un pueblo, de quien Roma prepotente
ni el eco ha sido de su inmensa gloria;
de este modo el más rico continente,
para escarmiento de la humana historia,
con su destino, para siempre aciago,
aquí se hundió con general estrago.

34

»Tales fueron de Atlántida inconstantes
las glorias que pasadas hoy me afligen,
glorias que tus esfuerzos arrogantes
en el mundo, Colón, de nuevo erigen.
Vástago de una raza de gigantes,
que de otra raza igual va á ser origen,
dobla á mi ruego tu indomable brío,
¡cruza impávido el mar, sigue, hijo mío!»

35

Dijo así la visión, y dulcemente
con un—¡Adiós!—su relación concluye,
y, enrarecida hasta llegar á ambiente,
sobre las alas de los aires fluye;
volando poco á poco hacia el Oriente,
con otro—¡Adiós!—entre las sombras huye,
dejando allí á Colón torvo y risueño,
como el que empieza á despertar de un sueño.

CANTO XI

DESAFÍO

RESUMEN: El 16 de septiembre llovizna.—Esperanza de los marineros, que creían cerca la tierra.—Campos de hierba.—El 17 el agua era menos salada.—Desafío entre Nuño y Rodrigo.—Consejos de Colón.—Propuesta de Colón.—Reflexiones de Colón.

I

Diez y seis de septiembre: ¡hermoso día!
—Llovizna:—¡gran señal!—Hierbas al frente
como verde y flotante pradería.
Diez y siete.—Aguas dulces.—¡Excelente!
El pobre Nuño, que de amor moría,
su pasión va ocultando. ¡Inútilmente!
No hallaba á veces de esconderla modo:
¿dónde hay razón que lo resista todo?

2

Por eso al fin del día, así á Rodrigo
preguntó Nuño con ahogado acento:
—Si amase á otro hombre, acaso vuestro amigo,
una mujer que fuese vuestro aliento,
¿qué haríais siendo de su amor testigo
una vez, y otra vez, hasta otras ciento?—
Rodrigo contestó:—¡La mataría!
¿Y vos?—Nuño siguió:—¿Yo?... ¡moriría!

3

»Yo moriría; sí, morir anhelo,
porque á Zaida al mirar de vos amante,
mi amor, tranquilo un día como el cielo,
en un amor se ha vuelto delirante:
quiero dejar frenético en un duelo
la carga de mi espíritu anhelante.
¡Vos no sabéis, Rodrigo afortunado,
cuánto le pesa el alma á un desdichado!

4

»Juradme que jamás Zaida enterada
de la causa será de mis desvelos.—
Clavando alta Rodrigo su mirada,
le contestó:—Lo juro por los cielos.
—Desde que vi—Nuño siguió—embarcada
con vos á Zaida, presa de los celos,
¡parece que, abrumado inmensamente,
pesa un mundo ¡gran Dios! sobre mi frente!

5

»¡Morir quiero ó matar! Mi hado enemigo
hará feliz mi estrella maldecida,
si dejar con mis celos hoy consigo
este dolor de soportar la vida.
Quiero mataros ó morir, Rodrigo,
para curar de mi dolor la herida;
pues ignoro, en mi loco devaneo,
si es que mataros ó morir deseo.

6

—¡Bien!—Rodrigo exclamó con firme acento;—
acabe un duelo, sí, nuestra existencia;
que una pasión que es de la vida aliento
no la curan ni el tiempo ni la ausencia.
Comprendo vuestro amor, porque lo siento;
y sé, Nuño, también por experiencia,
que si en celos el alma se arrebatara,
el gran mal del dolor es que no mata.

7

—¡Siempre delirios!—por detrás murmura,
de pronto apareciendo, el Almirante.—
¡Ay del que cuerdo el juicio no procura
de la ciega pasión llevar delante!
Matarse por amor fuera locura.—
Así dice Colón, y Nuño amante
pregunta, su alma de dolor transida:
—Y ¿para qué es sin el amor la vida?

8

—Sin gloria es el amor sombra ilusoria—
dijo Colón, primero, suspirando.
—¿Sombra es amor—dicen los dos—sin gloria?
—¡Sombra!—siguió Colón, otro ¡ay! lanzando.—
Tened siempre presente en la memoria
que para el mal de amor, la vida andando,
es médico excelente la paciencia,
el tiempo insigne, y sin igual la ausencia.—

9

Tales palabras con dolor oyendo
Rodrigo, pesaroso de su estrella,
—¡Vivir sin ella!—prorrumpió gimiendo;
y Nuño replicó:—¡Vivir sin ella!
¡Oh! no, imposible proseguir viviendo
sin ver, y ver sin fin su imagen bella;
¡al dejar su memoria el alma mía,
inerte el corazón se me helaría!

10

»Nunca su imagen presta á mi albedrío
la libertad siquiera de un momento:
siempre á ella va como hacia el mar el río,
girasol de su luz, mi pensamiento.
Ni al morir tendré paz; que el amor mío
és tan grande, tan grande, que presiento
que, si ya muerto, me llamase un día,
mi esqueleto á su voz respondería.

11

—¡Siempre delirios, siempre!—el Almirante,
cual padre tierno, con dolor exclama.—
¡Ay del que no echa de su amor delante
la luz del cielo que razón se llama!
Ved que del árbol de la vida amante
esa pasión es ponzoñosa rama:
no acaba el mundo la ira de los cielos,
y lo envenena un átomo de celos.

12

»¿Sabéis de Zaida el que obtendrá la mano?
Quien primero la tierra á ver acierte.
Así á uno de los dos el suelo indiano
dará gloria y honor, por odio y muerte.
El duelo consentir fuera inhumano.
Que uno, al menos, feliz haga la suerte:
con su amor al triunfante premiaremos;
y al que pierda... después... después... veremos.

13

»¡Rodrigo! un puesto acotará en la historia
el que antes tierra con sus ojos mida,
y de su amor la dicha transitoria,
cuanto lo pueda ser, será cumplida.
¡Nuño! depure esa pasión la gloria;
que en la esfera moral de nuestra vida,
cuando el fuego de amor la gloria inflama,
es más brillante, aunque menor, la llama.

14

»Del alto mirador de un mastelero
la India cada cual espíe ansioso,
y al que «tierra» ¡oh placer! grite el primero,
mis preces y el amor lo harán dichoso.
¡Dios premie al más feliz ó más certero!
Y el más desventurado ó perezoso,
que aguarde el porvenir: siempre el destino
para llegar al bien tiene un camino.

15

»Vamos, marchad.» Y, súbito marchando,
miró á un mástil Rodrigo de Triana;
luego al trinquete se acercó exclamando:
—¡Sedme amiga una vez, suerte tirana!—
Nuño, otro puesto rápido buscando,
dijo, apoyado al palo de mesana:
—¡Aunque es mi sino cual ninguno fiero,
tanto anhelo esperar, que en él espero!

16

—¡Tristes!—Colón prorrumpe.—¡Mucho siente
su afán mi corazón, porque no ignora
que el alma á veces vive solamente
con la vida del dueño á quien adora!
Daremos tiempo á que la edad ahuyente
el fuego del amor que los devora.
¡Aun viven para amar!—siguió diciendo.—
¡No aman para vivir!—dijo gimiendo.

17

»¡Sí! ¡Yo también en mi vejez refreno
una inmensa pasión, tan acendrada,
que cual la tierra ayer, con ella hoy lleno
la inmensidad del mar nunca acotada!
¿Qué quedaría en mi doliente seno
si este amor se extinguiese?... ¡Nada! ¡Nada!
Nuño tiene razón, Beatriz querida.
¡Ay! ¡para qué es, sin el amor, la vida!—

CANTO XII

LAS NUBES

RESUMEN: El 18 de septiembre de 1492, Martín Alonso Pinzón vió una gran multitud de aves dirigirse hacia Poniente.—Al Norte gran cerrazón.—Revista de la historia universal.—La Cava.—Colón.—Herculano.—Margarita de Dinamarca.—Los amantes de Teruel.—Abelardo y Eloísa.—Nabucodonosor.—Don Alvaro de Luna.—Torquemada.—D. Pedro el Cruel.—Doña María Coronel.—Epigrama.—Semiramis.—Sistema de Pitágoras.—Martín Vicente.—Lucrecia.—Paleólogos.—Comnenos.—Merovingios.—Judíos.—.....—Rascón.—Platón.—Enrique IV de Castilla.—D.ª Isabel de Portugal, su esposa.—Pablo Toscanelli.—Macías.—El caballo de Caligula.—Augusto.—Demócrito y Heráclito.—Escévoia.—Saladino.—Juana de Arco.—Luis XI.—Leonidas.—Bruto.—César.—Sócrates.—Mahoma.—Continuación del viaje.—A G...—Conclusión del canto.

1

Vivir es *ver pasar*. Ya iba alboreando
del diez y ocho de septiembre el día,
cuando estaban las gentes contemplando
las mil nubes y mil que el sol teñía.
Tantas nubes, tan varias, revolando,
el juego de la vida parecía.
Y, bien pensado al fin, ¿qué es en la esencia
más que un juego de nubes la existencia?

2

Las nubes, con su forma transitoria,
cual ideas que el viento ha condensado,
son, breve imagen de la humana gloria,
del insondable porvenir traslado.
Haciendo aplicaciones á la historia
leían en las nubes lo pasado,
como si fuesen sus flotantes velos
alfabetos movibles de los cielos.

3

¡Buen día! Disputando alegremente
el dulce *Ruiz*; *Roldán*, el tormentoso;
Maestre Juan, ateo é inteligente;
Pedro Gutiérrez, noble y valeroso;
Maestre Alonso, médico excelente;
Quintero, el vil; *Rascón*, el quejumbroso,
van de las nubes traduciendo el vuelo,
inescrutable diálogo del cielo.

4

Al Norte hay cerrazón; caso previsto,
en que la tierra se supone en frente;
además, un Pinzón cuenta haber visto
volar algunas aves al Poniente.
Es ya tan grande la ilusión, por Cristo,
que grita loca de placer la gente.
Sólo Colón en horas tan mortales
su corazón revuelve entre puñales.

5

Aquel ir entré el agua y el ambiente
un viaje por el éter parecía...
Como un sueño agradable, dulcemente
mareaba el mar, la luz desvanecía...
y sin dejar el rumbo de Occidente
andando y más andando, todo huía...
¡y las nubes, conforme adelantaban,
pasaban, y pasaban, y pasaban!...

6

—Mirad—dijo Roldán—esos vapores
dan de la Cava idea parecida,
que en la opinión de graves escritores
más que su honor fué su beldad cumplida.—
Escobedo siguió:—Y ¿á quién, señores,
si del rosario que llamamos vida
las cuentas blancas en pasar se alegra,
no le herirá el color de alguna negra?

7

—Á Colón, que cree en Dios—Roldán les dijo.
Á la sazón hallándose cercano
le replicó Colón:—Es verdad, hijo;
siempre cree en Dios quien cruza el Oceano.—
Y continuó, en Roldán el rostro fijo:
—Si ignorase su nombre soberano,
¿á quién en la borrasca invocaría?
Si no creyese en Dios, ¿en quién creería?—

8

(Aplauso general.) Y de repente,
viendo unas nubes á la diestra mano,
dijo Martín Pinzón:—¡Cuán propiamente
imita una ciudad el aire vano!
Ya sus cimientos removió el ambiente...
ya se va hundiendo...—Cual se hundió Herculano—
dijo Escobedo;—y añadió en seguida:
—¡Castillos en el aire: he aquí la vida!